



EDITORIAL

Abordar el problema de fondo

Aunque el fatal ataque ocurrido el viernes 27 de marzo en el Instituto Obispo Silva Lezaeta de Calama, que terminó con una inspectora fallecida, volvió a instalar en la discusión pública la violencia al interior de los establecimientos educacionales, lo cierto es que se trata de un fenómeno de larga data que exige respuestas integrales.

Desde hace años, esta problemática ha sido advertida en el debate nacional. Sin embargo, pese a diversas medidas implementadas tanto por las autoridades como por los propios planteles a lo largo del país, la situación no solo persiste, sino que, en algunos casos, parece agravarse.

A raíz del trágico hecho que enlutó a la comunidad educativa, resurgieron propuestas como la instalación de pórticos detectores de metales, con el objetivo de evitar el ingreso de armas a los recintos escolares. No obstante, más

allá de este tipo de medidas, que pueden dar lugar a legítimas diferencias, es importante abordar el problema en su magnitud y definir cómo se enfrentará de manera más profunda.



Es importante abordar el problema en su magnitud y definir cómo se enfrentará de manera más profunda”.

La situación no es ajena a la Región de Tarapacá. En lo que va del año ya se han registrado graves denuncias de maltrato escolar. De hecho, la semana pasada el Ministerio Público formalizó a un alumno de segundo medio que, a través de un grupo de

WhatsApp, habría amenazado con realizar disparos al interior de su establecimiento, en el sector sur de Iquique.

Asimismo, tras los hechos de Calama, se reportaron al menos 12 casos similares al anterior en distintos recintos del país, lo que obligó incluso a suspender clases en ciudades como Linares, Antofagasta y Puerto Montt.

La violencia escolar no es un fenómeno aislado. Por el contrario, ocurre con distintas intensidades a lo largo del territorio nacional, evidenciando no solo un problema de seguridad, sino también, en muchos casos, una arista vinculada a la salud mental que no ha sido abordada con la urgencia ni la profundidad que requiere.

Una sociedad incapaz de resolver sus conflictos mediante el diálogo y que no logre fortalecer la atención de la salud mental, difícilmente podrá legar seguridad y tranquilidad a las nuevas generaciones.